

SEMBLANZA DE MANUEL PAVÓN RODRÍGUEZ

Jacinto Choza. Universidad de Sevilla

1.- Recuerdos de 20 años.

Cuando recordamos lo vivido volvemos a vivirlo. Los recuerdos están repartidos entre todos, porque lo que hemos vivido lo hemos vivido con los demás. Por eso a veces cuando nos reunimos con los antiguos amigos se nos devuelve nuestro pasado. Cuando conmemoramos a alguien traemos otra vez su vida al presente, y por eso podemos vivir con él momentos y episodios que en su día no los compartimos con él pero que ahora, al ser revividos, podemos insertarlos también en nuestra convivencia con esa persona, aunque sea una convivencia póstuma. Incluso los que no lo conocieron pueden asumirlo en sus vidas mediante las conmemoraciones.

Pero eso ocurre también cuando estamos vivos. Nuestro pasado lo contienen y nos lo devuelven quienes nos conocen. Somos esas versiones de nosotros mismos, vivimos en ellas. Las más favorables de todas, aquellas en las que más a gusto podemos vivir, porque no juzgan, o al menos no denuncian ni condenan, son las que tienen y dan esas personas a las que, precisamente por eso, llamamos amigos. Son esos que en lugar de condenarnos nos salvan, en lugar de denunciarnos nos disculpan, y en lugar de censurarnos nos alaban, porque retienen lo bueno de nosotros, los aspectos mejores, los dignos de ser vividos una y otra vez, los que merecen eternidad.

Lo que yo recuerdo de Manolo, y lo que voy a contar ahora, merece eternidad. Son rasgos muy personales, minucias anecdóticas, destellos en los que se refleja un modo de ser, un existir que es infinito, o sea, una persona. Porque no solo merecen eternidad las pirámides de Egipto y la *Crítica de la razón pura* (si es que la merecen). También la pueden merecer un gesto, un guiño, una sonrisa, un comentario, una duda, una broma, un apretón de manos, una palmada en la espalda.

Conocí a Manolo e Isabel el año de mi incorporación como profesor Agregado a la Facultad de filosofía de Sevilla, 1981-82. Estudiaban entonces quinto curso, y formaban parte de la primera promoción de licenciados de esta Facultad, que realizaron sus estudios en el antiguo edificio de la escuela de Bella Artes Santa Isabel de Hungría, en la calle Gonzalo Bilbao 7. Esta Facultad estaba entonces en fase constituyente, y yo me sumé en calidad de vicedecano al equipo gestor, compuesto por don Jesús Arellano, como Decano, José Luis López López como Secretario primero y como Decano después, y que contaba con Pepe Villalobos como único catedrático joven, que con don Jesús y don Patricio Peñalver formaban el trío de máximo rango académico.

Manolo e Isabel eran ya novios e iban a casarse al terminar la carrera, pues ambos tenían perspectivas de quedarse a trabajar como ayudantes en la Facultad, y así fue. Ese año yo no di clases en quinto curso y no establecí una relación muy estrecha con ellos. El curso siguiente, tras acceder a catedrático de universidad en noviembre de 1982, lo pasé

fuera por completo, hasta que me incorporé de nuevo en octubre de 1983. Y ahí es donde empieza la historia de una amistad entre nosotros tres, de la cual quiero destacar los aspectos adecuados para perfilar los rasgos más característicos de la vida y la personalidad de Manolo. Esa vida y esa personalidad, él mismo, más que sus escritos y acciones, son los que merecen esa eternidad que nosotros ahora remedamos con nuestra conmemoración.

Voy a referirme, por este orden, a los años de trabajo conjunto en la tesis y la preparación de oposiciones, a su rasgo de carácter más destacable, el sentido del humor, su sentido de la amistad, su talante filosófico e intelectual, su amor a la institución universitaria, su dedicación a los alumnos, sus inquietudes culturales y sus inquietudes políticas, morales y religiosas.

Desde 1983 hasta que terminó la tesis y, mas tarde, las oposiciones, trabajamos juntos en lo que fue 'su ajuar de novia', como llamábamos a los materiales que necesitaba tener preparados para opositar, hasta que todo terminara bien. Hasta que yo dejara casada a esta hija mía.

El director de su tesis era don Jesús, pero como don Jesús estaba muy ocupado en múltiples menesteres, y me transfería a mí parte de sus quehaceres, asumí de facto la dirección de alguna de las tesis de doctorado que figuraban a su cargo. De esta manera me sumergí con él en la *Crítica del Juicio*, así salió el libro *Objetividad y Juicio en la Crítica de Kant*, y así salieron sus primeros artículos en «Thémata», la revista que iniciamos en 1983 y que era un punto de apoyo para la confección de ese ajuar que necesitaba.

Con el trabajo que dediqué a sus proyectos y a los de Isabel, pasamos muchas horas juntos en su casa de la calle Júpiter, junto a al antigua Facultad, hasta que a comienzos de los 90 la Facultad se trasladó al nuevo edificio de la Avenida de San Francisco Javier. Luego, tras el traslado a la calle Goya, las visitas siguieron, ya con menos frecuencia, a la nueva sede del hogar del filósofo.

En las paredes de la casa de la calle Júpiter y las de la calle Goya, han resonado muchas conversaciones muy íntimas, vivimos situaciones muy difíciles, muy desesperadas, muy felices, muy relajadas, y siempre con toda la densidad intelectual y la intensidad moral y religiosa que los tres poníamos en todas las cosas. Allí preparamos comidas, viajes, revistas, tribunales, investigaciones, tesis y tesinas, solicitudes de adopción, reclamaciones... y también hicimos brindis al sol, descansamos y ... vivimos.

A lo largo de ese tiempo supe que Manolo había nacido en el barrio de Heliópolis, como yo, de padre militar, y que de esa profesión de su padre tomó algunas aficiones que durarían toda su vida, como la de la historia de las armas y la historia de las guerras y batallas. Supe que a los tres o cuatro años quedó afectado por la poliomielitis, y que por eso se movía entre las muletas y la silla de ruedas primero, y luego, al final, sólo en la silla. Y supe que siempre se le repetía por las noches el sueño de que corría. Supe que a lo largo de la carrera Isabel y él se enamoraron, y que como él no estaba dispuesto a declararse a la mujer que quería debido a su invalidez física, tuvo que declararse ella. Y supe que lo hizo. Supe que al casarse hicieron un pacto en el cual Manolo juró que no entorpecería con su enfermedad el libre desenvolvimiento de la vida de Isabel, que juró «antes muerto que enfermo». Y supe muchas cosas más de las que no requieren ser relatadas, ni siquiera en una situación tan entrañable como esta.

Y ahora, para seguir contando cosas de Manolo, necesito primero referirme a su rasgo de carácter más definitorio, el que a mi modo de ver lo identificaba de forma más

neta, y que es el mejor referente para contextualizar de modo adecuado todo lo demás que se diga sobre él.

2.- Sentido del humor e ingenio

El rasgo más destacable de su carácter, era su sentido del humor y su ingenio. Pero como hay muchos tipos de humor resulta imprescindible identificar el suyo. Digamos que era un humor de la catastrófico que se expresaba en términos paradójicos. Ahí brillaba su ingenio al máximo.

El maestro del humor de lo catastrófico ha sido y sigue siendo Walter Matau, y el de lo paradójico quizá lo siga siendo Gilbert K. Chesterton. Manolo recordaba mucho a los dos, y sobre todo al primero.

Para Matau y para Manolo siempre se hacía bueno el lema de la marina: por desesperada que sea una situación, siempre es susceptible de empeorar. Siempre hay una alternativa peor, en principio insospechada, que transmuta la inminente tragedia en sonrisa de resignación, de complicidad con el destino.

Ese sentido del humor brillaba especialmente en la aceptación y superación de las limitaciones producidas por su invalidez física, y en relación con ello hay dos episodios que no puedo omitir de ninguna manera.

El primero tuvo lugar en un Hotel de la costa de Mombasa, en agosto de 1990. Manolo, Isabel y yo habíamos asistido antes a un congreso internacional de filosofía en la Universidad de Nairobi, y luego habíamos contratado unos días de descanso en la playa. El agente turístico del hotel era un mallorquín que en cuanto nos vio e identificó como españoles, corrió alborozado hacia nosotros prodigándose en aspavientos feminoides, más acusado de lo que es habitual entre la juventud gay. Con una familiaridad absoluta se quejó ante Isabel de que el clima de Mombasa le había estropeado completamente el cutis, y de que ella, con una piel tan maravillosa, tenía que hacer algo para evitar que le ocurriera lo mismo.

El mallorquín, que iba 'de loca' según la atinada caracterización de Manolo, manifestó durante todos aquellos días marcada predilección por nosotros, y nos mostraba su afecto con palmaditas, abrazos y amagos de caricias que nos hacían contener la respiración y que apenas llegaban a materializarse.

Un día que llegábamos al hotel después de un paseo, se abalanzó hacia nosotros con tonos más efusivos de lo habitual. Yo, que iba empujando la silla de ruedas, me desplacé rápidamente hacia un lado y me situé fuera del alcance de sus brazos, mientras él caía pletóricamente sobre Manolo y le acariciaba, con toda la suavidad de la mano derecha, la peluda mejilla izquierda al tiempo que le saludaba. — ¿Cómo estás, pajarillo?

Soy consciente de que incurrí en pecado grave contra la amistad y contra Manolo. Quiero aparecer aquí convicto y confeso. Él me lo reprochó siempre: — Huiste como un cobarde, y me dejaste a mi allí, sólo ante el peligro. — Manolo, perdóname. Son los reflejos...

Manolo era capaz de reírse de mi huida y de su inmovilidad en una escena de ese tipo, y éramos capaces de brindar, un año y otro, por todas las situaciones escabrosas que habíamos sorteado juntos.

El otro episodio tuvo lugar en la puerta de una iglesia parroquial de San Petesburgo, en el verano de 1993. Esta vez Manolo, Isabel y yo habíamos ido al Congreso mundial de Filosofía, que se celebró en Moscú, en agosto de ese año. Terminado el congreso pasamos unos días en San Petesburgo, y como cayó en medio un domingo, fuimos a misa. Cuando había escalones en la puerta de algún edificio, Manolo no podía entrar, y en ocasiones se quedaba fuera a esperar nuestra salida. Eso hizo.

Cuando salimos de misa Manolo, con orgullo, resignación, gratitud y calma, abrió su mano derecha y nos mostró unos cuantos rublos y algún que otro dolar americano. Es lo que algunas señoras le habían dado como limosna mientras nos esperaba en la puerta de la Iglesia. Conteniendo las carcajadas le preguntábamos, — Y tú, ¿qué hacías cuando te daban esas limosnas? — Pues cogerlas y darles las gracias, ¡qué voy a hacer!

Por desesperada que sea una situación, siempre es susceptible de empeorar. Uno puede estar inválido en una silla de ruedas, padeciendo su desgracia, pero siempre pueden confundirle a uno con un mendigo que no tiene donde caerse muerto y ser tratado en consecuencia, o puede uno ser objeto de la lascivia ajena...

Porque sabía sacar partido de todas las situaciones desesperadas, fundó y redactó los estatutos de la «Asociación de maridos víctima del cristianismo», integrado por cónyuges de activas católicas militantes, más bien de la «periferia progre de la Iglesia», a quienes Manolo congregaba y consolaba, alimentando su resignación con la comunicación de sus desventuras.

En los últimos años, cuando el médico le prohibió radicalmente el alcohol y el tabaco, y observó sus indicaciones, volvió a encontrar una salida por la por el lado más negro de la desesperación: «Jacinto, me ha provocado una profunda crisis de identidad, porque yo, lo que de verdad soy es un borracho».

Todo su ingenio y su humor brillaba de modo excepcional en las ocasiones en que hacía uso de la palabra en público. En asambleas, en tribunales de tesis o tesinas, en conferencias, en debates, en seminarios. Porque, de todos los compañeros que yo he tenido a lo largo de mi vida, fue el de expresión oral más brillante. Así como su expresión escrita era muy corriente, la oral era muy fuera de lo común.

3.- Sentido de la amistad y de la enemistad

En una ocasión como esta es cuando más se pone de manifiesto, entre otras cosas, el modo de vivir la amistad que tiene una persona, porque es cuando los amigos más lo advierten y lo expresan al caer en la cuenta de lo que pierden. Entonces aparece con claridad, no solo la talla intelectual del que se va, no solo su envergadura moral, no solo su calibre profesional, sino sobre todo su calado existencial.

Pues bien, como no podía ser menos, Manolo nunca alardeó de afecto a sus amigos. De lo que presumió siempre, y mucho, fue de odio a sus enemigos. A Manolo le gustaba ser malo, le gustaba ser «el malo de la película», y alardeaba de serlo. Debajo de su aparente aspecto hosco y huraño, de hiena, en el fondo se ocultaba un corazón «realmente de hiena» (le gustaba decir), pero corazón al fin y al cabo (porfíabamos los demás). Un corazón de peluche, insistía Isabel, y él lo aceptaba tragando quina. En cualquier caso, Manolo presumía de un odio a sus enemigos que además fundamentaba exegéticamente. Como católico consorte le había tocado participar en muchas catequisis de comunión,

de confirmación y de matrimonio, y había adquirido su propia cultura hermenéutica. En sus peculiares interpretaciones de las sagradas escrituras, entendía que los evangelios solamente recogían lo novedoso y esencial del mensaje cristiano, pero no lo obvio, universal y común, porque hubiera sido redundante, porque no había tiempo para escribir, porque el papel era escaso y caro, etc. etc., es decir, porque no era necesario.

Por eso, el pasaje de «cuando te den una bofetada ofrece la otra mejilla», de contenido cristiano esencial, debe leerse con su correspondiente pasaje posterior: «Maestro, ¿y después le puedo dar dos hostias? — ¡Pues claro!». Esta segunda parte es tan evidente, universal y común, que para el evangelista resulta superfluo añadirla, y, para el buen lector debe también resultar innecesaria, pues va de suyo.

Ese odio a sus enemigos y a sus oponentes, que gustaba de manifestar verbalmente, no lo vivía ni lo ejercía realmente más que cuando era imprescindible: en alguna discusión en asambleas, o en un debate en unas oposiciones, y entonces era temible, contundente, mordaz y brillante.

A pesar de todo esto, lo que más frecuentemente se percibía en él era su sentido de la amistad, de la acogida. Su casa era *Refugium peccatorum*. ¿Cuántos amigos/as han pasado la noche en su casa porque estaban borrachos, sufriendo de mal de amores, en paro, abandonados por la mujer o el marido, porque estaban de paso, de viaje, sin un céntimo o desesperados? Esto puede parecer una pregunta retórica, o una frase literaria, pero puedo poner a esos episodios nombres y apellidos de personas que estáis aquí, o que son bien conocidas de cuantos estamos aquí.

Muchas tardes de sábado o de domingo, botella en mano de ginebra yo y de coñac él, nos referíamos nuestra cuitas, nuestros temores, pesares y remordimientos. Nos confesábamos: — Otra vez has pecado, otra vez has incurrido en la debilidad de hacer el bien, aquí y allí. — Es que si yo no hubiera hecho eso... Es que si yo hubiera estado allí y hubiese contado... — Jacinto, tú no puedes ser el culpable de todo, porque el culpable de todo soy yo. El que no tenía que haber hecho eso... El que tenía que haber contado... era yo.

La verdad que entre trago y trago, broma y broma, la conversación surtía todo su efecto catártico, y los dos terminábamos sintiéndonos redimidos o, cuando menos, en paz con nosotros mismos y con la realidad.

4.- Talante filosófico e intelectual

He tenido compañeros más historiadores, más lógicos, más dialécticos, más materialistas, más científicos y más estetas, pero no más metafísicos y más socio-políticos. Esto describe bien el talante intelectual de Manolo, y explica en parte su elección de tema de tesis, cosa que suele marcar la vida intelectual de los profesionales de la universidad. La construcción de la objetividad según la *Crítica del Juicio* de Kant.

Como he dicho, pasamos muchas horas discutiendo los problemas que emanaban de los planteamientos de Manolo. Allí aparecía, una y otra vez la *Crítica del Juicio* como clave de bóveda de la filosofía crítica kantiana, y como clave de toda una concepción del cosmos y de la ciencia sobre el cosmos que Manolo iba perfilando.

Yo me sentía a gusto con sus planteamientos porque eran muy afines a los míos. Tenía sensibilidad para los problemas ontológicos, los que más le interesaban, y les daba

un enfoque que compartíamos. No era materialista, ni positivista, ni idealista, ni científica. Sentía predilección por lo que era claro, comprensible, nítido, como la materia, la energía, la matemática. ¡Cómo se iba a comparar con la pureza de la materia todo eso que en la estética es sinuoso, oscuro, sospechoso, afectivo y mágico!

Para algunas cuestiones filosóficas era mi interlocutor predilecto. Especialmente en aquellos asuntos que hacían frontera con la fe cristiana o sobre los cuales había pronunciamientos magisteriales. Solía yo tener el escrúpulo de realizar sobre esos temas exposiciones y proponer argumentos sólidamente laicos, que no obstante fueran conjugables con los pronunciamientos magisteriales. Y cuando no estaba seguro de si algo estaba bien argumentado y era convincente también para las personas que no tenían la fe cristiana iba a preguntarle a Manolo su impresión. Porque él era lo suficientemente ateo y lo suficientemente despejado y libre, para funcionar como criterio de solidez y corrección de mis exposiciones (y de las de cualquiera).

5.- Amor a la institución universitaria

Quedarse en la Universidad había sido durante la carrera el mayor de sus sueños, y le salió bien. Luego, a medida que pasaron los años, se sintió defraudado por la institución, y no pocas veces asqueado. Sin embargo, nunca tiró la toalla en el sentido de abandonar el estudio o de renunciar a proyectos universitarios de mejora o de innovación. Muchas veces sintió la tentación de hacerlo. Algunas otras pensó que estaba acabado.

He visto a algunos de mis mejores compañeros vivir esto. Sentir que están acabados como universitarios: como investigadores, o como profesores, o como autores, o incluso como estudiosos. Parece un lugar común que ese es un episodio frecuente en la vida de los artistas, cuando atraviesan etapas de sequía, de *redium vitae*, de falta de horizontes, de ilusiones, de motivación, de creatividad, etc. A los universitarios también nos pasa. A Manolo le pasó, y salió adelante.

Al poco de empezar como ayudante ya se encargó de la gestión de la Facultad como Director de estudios, y cuando le sorprendió la muerte seguía gestionando la Facultad en calidad de Vicedecano.

Durante mucho tiempo asumió ese incómodo y burocrático trabajo de hacer los horarios, distribuir la asignaturas por aulas y días de la semana y tratar de contentar a todos los profesores en sus preferencias.

Cuando llegó el momento en que fue necesario e inevitable la evaluación de la calidad de la docencia universitaria, y de la universidad en general, también ahí dio la batalla para que nuestra Facultad se encontrara en el futuro entre las más destacadas del país.

Mientras llevaba adelante las tareas gestoras y administrativas del centro, Manolo mantenía vivo su estudio y su investigación, y puso en marcha con otros compañeros la revista «Argumentos de la razón técnica», que aglutinaba un grupo pionero en el estudio e investigación de las relaciones entre ciencia, tecnología y sociedad, y, en general, en Filosofía de la técnica.

La Universidad es una estructura institucional, un aparato burocrático. Es un centro de estudio, de investigación y de discusión. Y es un centro de enseñanza, de dedicación a la tarea docente, y en este punto Manolo también fue un hombre esmerado.

6.- Dedicación a los alumnos

Los alumnos eran una de las debilidades de Manolo e Isabel. Mientras eran estudiantes y cuando terminaban las carreras. Con frecuencia los acogían en su casa y les atendían en los problemas más comunes: académicos, familiares, económicos y sentimentales. Eso, como he dicho, también lo hacían con los colegas y amigos ya adentrados en la vida laboral de los adultos, pero con los alumnos era particularmente frecuente y admirable, y contribuía en mucho a dotar a la Facultad de una dimensión de familia que de otra manera no habría tenido.

Su solicitud era especialmente viva con los que terminaban la carrera y se echaban al mundo laboral en busca de sus primeros puestos de trabajo, con la ilusión de montar una familia y de ejercer la profesión para la que se habían preparado durante al menos cinco años. Por eso formaba con ellos grupos de preparación de oposiciones, y vivían esas oposiciones como un entrenador deportivo vive las pruebas de su equipo. «Este año han salido María José, Juanfra... y con los mejores números» Y luego había celebración en la calle Júpiter, o en la calle Goya.

La semana anterior al domingo de ramos, la de pasión, cuando ya vivía en la Calle Goya, nos reuníamos una tarde con alumnos de diferentes cursos y hacíamos las torrijas, el dulce de la Semana Santa de Sevilla, unas torrijas según la receta que yo aprendí de mi padre, sin vino ni alcohol de ninguna clase, sólo con leche, huevo, pan, aceite y miel. Los dividíamos en equipos: uno para montar las claras, otro para empapar en leche el pan, otro para rebozar las torrijas, otro para freírlas y otro para enmellarlas. Dos horas y media aproximadamente para medio centenar de torrijas, cuyo precio luego calculábamos y del cual nos sentíamos orgullosos.

Los alumnos llevaban refrescos de naranja, limón o cola, y whisky, ginebra o ron. Sobre eso, mucho tabaco, muchas cintas de sevillanas, alguna guitarra alguna vez, y mucho baile, mucha broma glosando las clases y los dichos de los diferentes profesores de la facultad, y, generalmente, algunas fotografías para dejar constancia del evento y repartirlas luego entre los asistentes.

Para nosotros eso era hacer universidad y eso daba plenitud a nuestra satisfacción profesional.

7.- Inquietudes culturales

Una vez dibujados algunos rasgos de la biografía de Manolo, algunos aspectos de su carácter y de su personalidad, y algunos momentos destacables en su actividad profesional, quiero referirme a algunos rasgos de su vida privada. En concreto, a sus aficiones, y después, para terminar, a su modo de asumir los valores políticos, morales y religiosos.

La verdad es que Manolo tenía unos intereses enciclopédicos, pero como es natural, no todos los cultivaba. Sí cultivaba, siguiendo la herencia paterna, el estudio de algunas tradiciones militares. En concreto, se mantenía asombrosamente al día en historia de las armas, con unas fuentes de información desconocidas para mi, y que no provenían de la red enciclopédica de la que actualmente disponemos *on line*. De esa forma, Manolo sabía qué aparatos eran prototipos de riguroso estreno en la guerra de los siete días o en la del Golfo, y cuáles eran armatostes que merecían ya el agradecimiento por los servicios prestados y la digna retirada a un museo.

Además, Manolo conocía de un modo asombroso la historia de las guerra y las batallas. Tenía reuniones con algunos amigos para jugar las inmensas partidas de los juegos de guerra, algunas veces en una sesión que duraba un fin de semana entero, otras veces en sesiones que tenían que ser interrumpidas y que podían alargarse varias semanas. Y de ese modo podía decir no sólo que había presenciado las batallas, sino que había tomado parte en ellas. En efecto, Manolo no solamente había estado en las batallas de Okinawa o las Ardenas, en la batalla del Ebro o en Austerlitz, sino también en la Termópilas, Trasimeno y San Quintín. Un privilegio verdaderamente sobrenatural.

Junto a estas, la otra de sus grandes pasiones fue la ciencia ficción. Tenía la mejor biblioteca de ciencia ficción que yo he conocido, y alimentaba con ella su imaginación y su ciencia, su investigación y sus concepciones de la vida. Juan Antonio Campos, que terminó la carrera el curso pasado, y yo, nos las prometíamos muy felices con la tesis doctoral que habíamos planteado: «Tecnología y sociedad en la ciencia ficción anglosajona. 1830-1990», porque Manolo iba a ser conmigo codirector de la investigación.

Junto a esas aficiones cultivadas de modo abierto, Manolo presumía también de rudo e insensible respecto de los valores estéticos que Isabel cultivaba. Se quejaba de la cantidad de museos, lienzos, piedras, óperas, conciertos y palacios visitados cada verano durante esos viajes vacacionales en los que recorrieron el mundo civilizado y el exótico, pero su cultura artística y antropológica, aunque no podía competir con la de Isabel, era enorme. Le gustaba viajar, y hacerlo con Isabel y algunos otros amigos, pero se sentía enormemente reconfortado cuando llegaba el momento del regreso. En aquella ocasión en que volvíamos de África oriental en un avión que seguía el curso del Nilo, en un determinado momento nos indicaron que sobrevolábamos Alejandría. Miramos por al ventanilla, y Manolo me dió un codazo de satisfacción y alivio: — El *mare nostrum*. Jacinto, ya estamos en casa.

8.- *Inquietudes políticas, morales y religiosas*

A veces las actitudes y comportamientos en el orden político, moral y religioso definen al hombre y permiten conocerlo en sus dimensiones de mayor profundidad. Quizá con Manolo esto también sea así. Hombre de izquierdas y más bien moderado, le molestaban mucho los tópicos, el snobismo y, sobre todo, el uso de la ideología para presumir de cualidades morales o intelectuales de las que se carecía.

En los años juveniles su actitud era más beligerante y confesional, pero ya después de los treinta se había desengañado mucho de toda la progresía, y evitaba la prensa que le deleitaba en su juventud.

— Es que si no puedo con el fundamentalismo de derechas, mucho menos puedo con el de izquierdas. Ese tío que te grita, cuando vas a tomarte tranquilamente tu langostino con mayonesa el día de navidad, ‘¡Ah, canalla, lo que le estas quitando a los oprimidos...!’

Detestaba la ideología en cuanto que proporciona una dispensa epistemológica, a saber, dispensa de encontrar lo verdadero porque ya la ideología garantiza la verdad. En cuanto que proporciona una dispensa ética, o sea, dispensa de buscar lo bueno porque eso ya lo asegura la ideología. En cuanto que proporciona una dispensa técnica, o lo que es igual, dispensa del esfuerzo de ser útil o eficaz, porque eso ya lo es el partido.

Soñaba con una justicia universal que él esperaba podía llegar de la mano del socialismo, pero que después de la quiebra de la Unión Soviética ya no veía por ninguna parte.

Todo su universo político intelectual se le había desmoronado y le quedaban en pie solamente tres puntos de referencia, Cuba, Albania y su madre. Al final, solamente Cuba.

Desde el punto de vista moral era un hombre sano y amante de la vida. Es decir, un hombre bueno. No le gustaba especialmente la comida, pero sí la bebida, especialmente las bebidas alcohólicas, y desde luego el tabaco. Pero además, estaba excepcionalmente dotado para calibrar la dotación física de toda mujer que entrara dentro de su campo perceptivo, y entraba en gozosa resonancia cada vez que lo hacía alguna con carrocera verdaderamente suntuosa, si encima la lucía con generosidad. Dicho escuetamente, le gustaban las mujeres y no lo disimulaba. Eso le hubiera costado algún sofocón a Isabel si ella, como yo y otros amigos, no le hubiéramos visto proclamarse un hombre visceralmente monógamo, y ejercer como tal.

Era generoso. Daba lo que tenía y lo que non tenía. Casa, cobijo, dinero, compañía, comprensión... incluso cuando le suponía mucho esfuerzo. Todo ello muy en consonancia con en ese lema que había hecho tan suyo: «No permitas que tu sentido de la moral te impida hacer el bien», donde aparecía una y otra vez su humor de la catástrofe y su sentido de la paradoja.

Era veraz. Muy leal a sus amigos. Hacía con gusto o con disgusto mucho trabajo del que correspondía a otros. No explotó a nadie, ni se aprovechó de nadie. Pero se resignaba a ser explotado o expoliado por sus amigos algunas veces, y desistía de reclamar lo que era suyo y el amigo (antiguo amigo) se 'olvidaba' de restituir.

También le vi pelear por sus derechos, pero sobre todo por los de Isabel, ante los médicos y ante la seguridad social, y le vi siempre anhelar la justicia a todos los niveles. Pero sin resentimiento ni amargura.

Por lo que se refiere al orden religioso, era un pulcro y claro ateo, que sin embargo, como católico consorte, no se permitía más críticas a la Iglesia católica que las que se permitía a Kant o a Popper. Quiero decir, en el mismo tono de respeto y profesionalidad, sin asomo de rencor.

Tras algunas polémicas canonizaciones de la Iglesia católica, que habían levantado debate público en los medios de comunicación, habíamos acordado que si él moría antes que yo, yo daría testimonio de él como ateo y mártir, en concreto, mártir del cristianismo, mientras que si yo le premoraba él testimoniaría sobre mí otros extremos.

Bien. El caso es que me ha tocado a mí. Manolo Pavón. Ateo y mártir. Un hombre que nunca pudo dirigirse a Dios a través de esas formas culturales que le llegaron de Jesús de Nazaret, de Cristo, del Gran Poder, de la causa incausada, del *intellectus archetypus*, de su madre, de ese sacerdote dominico amigo suyo, Pedro León, de sus otros amigos creyentes o de la propia Isabel Ramírez Luque. Dios era para él una mancha oscura en el horizonte vital, en su horizonte intelectual y moral. Y él describía esa situación diciendo que era ateo. Yo lo comprendí así, y así lo testimonio.

Mártir. La vida le hizo inmensos regalos, pero también le trató con dureza. Entre los grandes regalos están, en primer lugar, Isabel. Luego, su familia, sus amigos, sus libros, sus aficiones, sus viajes, sus éxitos profesionales, el reconocimiento de amigos y enemigos. Las cosas más maravillosas del mundo son gratis, repetía Isabel, el amor, la amistad, el mar, el sol.

Según la etimología más clásica, 'mártir' quiere decir testigo, el que da testimonio. Manolo dio testimonio de amor a la vida.

Por otra parte los golpes. En primer lugar los golpes a la salud. La poliomielitis desde niño, que convirtió toda su vida en una carrera de obstáculos, y eso generó ansiedad, angustia, insuficiencia respiratoria, asma, insomnios, inapetencias. Después los golpes del sistema. Obstáculos para adquirir casa, para los créditos, para la atención sanitaria, para el legítimo despliegue de la actividad profesional, para adoptar niños. Y los golpes que provenían de sus amigos y conocidos, en concreto, abusos y fraudes, debidos a su buena fe, a su buena disposición de amistad.

En eso también fue mártir, y dio testimonio de creer en la vida, en la justicia, en la ciencia y la técnica, en el trabajo, en la amistad, en la familia, en el amor y en el matrimonio.

También respecto de las afirmaciones evangélicas sobre la posesión de todos esos bienes, la posesión del Reino de los cielos, tenía Manolo su propia exégesis. Bienaventurados unos... porque poseerán la tierra, otros, porque poseerán el reino de los cielos... Los buenos lo poseerán todo. — Maestro, ¿puedo coger ya mi parte?... —Pues, si te dejan, adelante...

Si la vida eterna es posesión de todo eso, entonces puedo testimoniar que Manolo merecía todo eso, y que merece tomar ya su parte.

* * *

Jacinto Choza Armenta
jchoza@us.es